

## Exigencias de Inglaterra

A los que propugnamos el abandono de Marruecos se nos llama antipatriotas, si es que no se nos insulta, y oímos que se nos dice lo mismo que se le decía a Pi y Margall cuando quería evitar las desastrosas guerras de Cuba y de Filipinas. O se deja dar a entender que estamos al servicio de la causa del colonismo francés.

Pero he aquí que vuelve a susurrarse que va a haber que emprender la operación a fondo sobre Alhucemas—lo que antaño fracasó en Annual—, y que es porque Inglaterra lo exige para apoyar al reino de España en sus pretensiones de protectorado—digase dominio—sobre Tánger. Y se ha dicho y repetido muchas veces—el caudillo del republicanismo dinástico entre otros—que de no obtener eso de Tánger, más vale dejarlo todo. Y podríamos ahora muy bien retrucarles diciéndoles que están al servicio de la causa de Inglaterra.

Ahora, que no creemos en semejante exigencia de Inglaterra. O mejor, que si esa exigencia existe es porque el reino de España le ha pedido—no sabemos si con lágrimas—que exija eso. Una exigencia de reflejo. Porque así como nadie nos quita de la cabeza que aquel ataque de los moros de Tizzi-Assa fué una provocación provocada—quién sabe si pagada...—, y que se les excita—o acaso se les soborna—a que acometan a las tropas del reino, para que éstas justifiquen el contraataque, así creemos también que esa supuesta actitud de Inglaterra es una actitud rogada, y que, en el fondo, el interesado de verdad es el reino, que, habiendo hecho de la dominación de Tánger razón de su empeño, ve la situación en que quedaría de no conseguirlo.

Todo el mundo que sabe que la santiguada—«¡Olé los hombres!»—«¡Así se hacen las cosas!»—tenía por finalidad poder exigir el dominio sobre Tánger, para civilizarlo a la manera del reino, como se está civilizando a Barcelona, y sabido es que en altas esferas se cree que el modo de reparar aquel desastre—debido a la Fatalidad, ¡claro!—no es exigir las responsabilidades, todas

las responsabilidades y las de todos, por altos que estén, de aquel disparate, sino volver a las andadas. En cuanto pisaran la costa de Alhucemas las tropas del reino, no faltaría quien dijese: «¡Ya tenemos un día de gloria, y ahora... borrón y cuenta nueva!» Porque en esas esferas no se han dado cuenta del problema, no quieren darse cuenta de él.

Y como esas gentes del reino saben muy bien que la nación no quiere la aventura, han inventado lo de la exigencia de Inglaterra, o más bien han hecho que Inglaterra, a ruego del reino, exija eso. Juego de compadrecías «inter-reinales», no internacionales. Y luego las tropas reinales de España, las tropas del reino—no nacionales, no de la nación—, harán en Marruecos de policía indígena de Inglaterra y de Francia a la vez. Y no estaría de más que fueran las tropas del reino de España de guarnición a Gibraltar, bajo el supremo mando inglés, por supuesto.

Toda esta lucha desesperada por salvar el honor del reino—que es insalvable—se exaspera a la par que el pleito de la irresponsabilidad, en que se va a poner más en claro—si es que ello cabe—en qué consiste ese honor del reino. Honor que es un capricho.

Los africanistas, los vergonzantes viceimperialistas, como no sienten entusiasmo ninguno por su causa, como muchos de ellos dicen que mejor habría sido no habernos metido—no haberse metido el reino quieren decir—en ese compromiso, quieren hacernos aparecer a nosotros propugnando el abandono como un mal menor. Y no es así. La convicción del que esto escribe es que, sean cuales fueren las miras de Francia y de Inglaterra, España, la nación española, no debe concurrir a actos de rapacidad internacional, a viles repartos. El reparto de Marruecos es, digase lo que se diga, tan inmoral, tan repugnante, como han sido los repartos de Polonia. Y Francia, Inglaterra y España no van a civilizar a Marruecos más que Rusia, Austria y Prusia a Polonia.

Miguel DE UNAMUNO

